

MANUEL ANDÚJAR Y DEMETRIO AGUILERA-MALTA: UNA FRATERNAL RELACIÓN HUMANA Y LITERARIA

Por Antonio Mancheño Ferreras
(Archivo «Manuel Andújar», Jaén.
I.E.S. «José Caballero», Huelva)

QUISIERA comenzar este breve estudio presentando un par de párrafos reveladores de lo que a lo largo del mismo vamos a ir comprobando. El primero de ellos pertenece a la conferencia que Manuel Andújar pronunció el 25 de abril de 1974, en la Universidad de Toulouse, posteriormente publicada –enero de 1975– en el número 295 –páginas 63 a 86– de *Cuadernos Hispanoamericanos*: «(...) Demetrio Aguilera-Malta y yo nos encontramos, personalmente, de curiosa manera: frente a las todavía experimentales cámaras de televisión, citados para un programa que cada semana ofrecía el Fondo de Cultura en el canal 4, el de modesta audiencia. Intervinimos –corría 1961, si la memoria no trastabilla– en una “mesa redonda” sobre candentes cuestiones de la narrativa de hablas españolas. Nos coordinó, y son-sacó, el prestigioso crítico mexicano Emmanuel Carballo. Sin acuerdo previo, Demetrio y yo sostuvimos criterios confluyentes. Y esa feliz ocasión fue el arranque, que sólo la extinción de nuestras vidas interrumpirá, de una amistad honda, nutrida por las estimas individuales y una serie de coincidencias, dentro de cada peculiaridad, en torno a lo humano, al neto e igualitario hispanoamericano, a nuestra adhesión a la literatura, enraizada al existir, individual y comunal. (...)». El segundo párrafo está extraído de un homenaje al escritor ecuatoriano, en el que intervino M. Andújar, y que apareció en el número 4 (julio-agosto de 1983), páginas 69-70, de *Cuadernos Americanos*: «(...) Demetrio Aguilera-Malta es una de las más nobles encarnaciones de la amistad, sentida y ejercida, que enriqueció mi experiencia: cuando convivíamos en esa capital, en el intercambio de noticias centradas en los res-

pectivos quehaceres, asimismo en el frecuente intercambio de opiniones y juicios literarios, provocados por un mundo en trizas, explosivo, y sin embargo animados por una esperanza exasperada en las finales virtudes y posibilidades de lo humano. Antes de viva voz, después, al regresar a Madrid, Ananda y yo, Velia y él mediante una directa y cálida correspondencia. (...)».

Antes de que la conozcamos, creo conveniente aproximarnos, de manera sucinta, al escritor ecuatoriano. Nacido en Guayaquil (1909), fue un autor de vasta producción literaria que alternó con su labor docente (Universidad de Guayaquil, y otras de América Latina así como de los EE.UU.), diplomática (Santiago de Chile, Río de Janeiro, México D.F.), cultural (encargado del Departamento de Castellano en la Unión Panamericana, director del Museo Único de Quito), cinematográfica (a destacar, su labor como guionista, director y productor) y artística (excelente dibujante). Todo ello, sin olvidar sus artículos y reseñas (que proliferaron desde 1958, fecha de su residencia en la capital azteca) para diarios y revistas de toda América. Su quehacer literario agavilla poesía, cuento, teatro (algunas piezas escritas en colaboración con su esposa, la también escritora y periodista mexicana Velia Márquez), ensayo, crítica literaria y, sobre todo, novela. En cuanto al volumen de su producción, pienso que no es el momento de extendernos en una exhaustiva nómina de títulos, sino de acercarnos a los más representativos. Perteneció al denominado «Grupo de Guayaquil» (junto a Joaquín Gallegos Lara y Enrique Gil Gilbert, y del que, en su versión más amplia, también formaron parte José de la Cuadra, Adalberto Ortiz, Alfredo Pareja Diezcanseco, Ángel Rojas y Pedro Jorge Vera), que en 1930 inició un amplio movimiento literario en el Ecuador, orientado hacia el realismo de base social y política. Frente a la actitud cosmopolita y la renovación formal de las vanguardias, se mostraban determinados por preocupaciones sociales y nacionalistas, y decididos a reflejar en la literatura la verdad histórica y social del país, incluso a convertirse en portavoces de un pensamiento socialista revolucionario y antiimperialista.

De ahí que uno de los objetivos fundamentales de Demetrio Aguilera-Malta fuese el de interpretar no sólo la realidad de su propio país, sino la de Hispanoamérica toda: así, obras como *Los que se van. Cuentos del cholo y del montuvio* (1930), en colaboración con Joaquín Gallegos Lara y Juan Gil Gilbert, que consolidaría la orientación nativista y de alegato social que

predomina entre los miembros de su generación. *Canal Zone* (1935), que refleja su experiencia social y personal en Panamá, donde contempló con ánimo apasionado la brutal imposición del racismo yanqui, para escribir este desgarrador testimonio. O *La isla virgen* (1942), narración donde los problemas colectivos citados se entrelazan diestramente con el mundo fértil, caudaloso y mítico del Guayas. Pero el gran proyecto (y deseo) de Demetrio Aguilera-Malta consistió en novelar la Historia de América, desde el Descubrimiento y Conquista hasta la Independencia. Fruto de este magno propósito fue la edición madrileña (editorial Guadarrama) de tres *Episodios Americanos*, los dos primeros en 1964, *La Caballera del sol* (*El gran amor de Bolívar*) y *El Quijote de El Dorado* (*Orellana y el río de las Amazonas*), y el tercero en 1965, *Un nuevo mar para el rey* (*Balboa, Anayansi y el océano Pacífico*), este último con la dedicatoria «A Manuel y Ananda Andújar, padrinos de esta serie». Desgraciadamente no se publicaron más, aunque la estructura y el andamiaje de otras seis novelas, para las que disponía ya de abundantes materiales, estaban preparados. Por otra parte, como un islote en medio del agitado mar del realismo social y la narración histórica apareció en otra editorial madrileña («Cénit», y con la data de 1933) *Don Goyo*, novela precursora —*avant la lettre*— de lo que la crítica llamó «realismo mágico» y que alcanzó su plenitud con obras como *Pedro Páramo* (1955) o *Cien años de soledad* (1967). Sin soslayar el sangrante y esperpéntico tema de las dictaduras latinoamericanas (*El secuestro del general* —1973—, basado en una experiencia que le tocó vivir), sus últimas obras se orientaron hacia lo mítico y maravilloso: *Siete lunas y siete serpientes* (1970), *Jaguar* (1977) y *Réquiem para el diablo* (1978). Su profundo enraizamiento en la realidad hispanoamericana forjó ese mundo ubérrimo y feraz en el que «hombre», «tierra» y «río-mar» constituyeron su verdadera «trilogía americana». Fallecido en 1981, parte de sus cenizas fueron llevadas desde México D.F. hasta Guayaquil, y allí depositadas frente a las costas de la isla de San Ignacio, en la que se inspiró para escribir *La isla virgen*.

Desde que ambos escritores se conocen personalmente (1961) hasta que Manuel Andújar decide regresar de su transierrío mexicano a España (finales de marzo de 1967), no nos cabe duda de su fecunda relación humana y literaria, engrandecida por el frecuente contacto directo. No obstante, la finalidad de este trabajo consiste en dar a conocer un representativo número de cartas, donde observemos que esa fraternal relación antes mencionada se prolongó entrañablemente hasta la desaparición del autor ecuatoriano. Con-

tacto epistolar del que ofrecemos dos bloques: uno, estrictamente personal y humano, más breve; y otro, de marcado carácter literario. Por lo que respecta a este último, advertir que los comentarios sólo aludirán a obras de Demetrio Aguilera-Malta, y en concreto a un reducido pero significativo grupo cuya publicación tiene lugar una vez ya instalado definitivamente Manuel Andújar en su patria.

[s.l.], 24 de julio de 1967.

(...) Por lo demás, para volver a lo grato, os «evocamos», a coro con los Giménez Botey (cuya compañía y ayuda nos es preciso encarecer), y en términos de creciente aprecio, pues *sois insustituibles*. Me faltan uno de mis principales y constantes diálogos y el consejero leal, lúcido y partícipe. (...).

M. A.

* * *

[s.l.], noviembre 10 de 1967.

(...) Y en este maremagnum en que se están convirtiendo nuestras vidas en los últimos tiempos, la imagen fraterna de ustedes nos acompaña como un estímulo. A veces, lo necesitamos mucho. El diálogo cotidiano, directo; la consulta sobre nuestros mutuos problemas y los problemas ajenos y del mundo: todo ello nos ayudaba a sentirnos más acompañados, en mejores condiciones para realizar la obra y, sobre todo, para constatar constantemente que gente de nuestro nivel humano e intelectual tiene una concepción análoga, en la mayoría de los casos, respecto de los valores, positivos y negativos de este planeta. Claro que la distancia y esta falta concreta de diálogo no siempre es un óbice para establecer un diálogo imaginario o, por lo menos, un intercambio de conceptos sobre determinados temas. A veces me sorprende a mí mismo estarme diciendo: ¿Cómo pensaría Manolo en esto? ¿Cómo actuaría en esta circunstancia o la otra? En horas decisivas, que espero revivir en diálogo verbal, esta manera de intercambiar ideas ha contribuido bastante a reafirmar algunas de mis decisiones. Y cuando digo *mis*, tú bien sabes que debes entender *nuestras*. Porque Velia entiende así la presencia de ustedes cerca de nosotros, lo mismo que yo la entiendo. (...) Ella está aquí cerca, rondándome. La presencia de ustedes, tan vinculada a nuestras vidas, se hace más y más tangible. El aluvión de recuerdos nos acerca fraternalmente. ¡Qué pena no tener los medios económicos necesarios para

emprender en alguna cosa que uniera nuestros esfuerzos en una tarea común, que nos diera para vivir y trabajar en lo que amamos! (...).

D. A.-M.

* * *

[s.l.], 10 de diciembre de 1967.

(...) A mi vez, Demetrio, en múltiples ocasiones he notado la insustituible falta de nuestras charlas, basadas en la misma esencial actitud humana, en la afinidad de objetivos y de valores en cuanto a la obra —y a su insoslayable contorno social— atañe. En este vital aspecto, yo te necesito, tú me necesitas: conjuguemos. Dada la forzosa separación territorial, nos conviene hacer un alto en las respectivas ocupaciones, y preguntarnos y respondernos qué opinamos de lo que ocurre y de lo que literariamente se crea o comenta legítimamente, en qué estado se hallan nuestros trabajos, qué reacciones o posturas de gentes conocidas pueden ser sintomáticas. En mi pausada y parcial observación de tipos y ambientes, ahora en Madrid, antes en Barcelona, al pulsar lo que priva o germina, experimento el afán de comunicároslo. Asimismo, al igual que tú con Velia, mi singular es siempre un plural, incluye a Ananda. (...).

M. A.

* * *

[s.l.], 11 de febrero de 1968.

(...) Tengo a la vista tu plática escrita, Demetrio, querido hermano, y procuro no mirar la fecha en que así nos hablaste, para que no aumente mi remordimiento. Y lo que tú manifiestas, a compás de Velia, dirigido a Ananda y a mí, extensivo por vuestro afecto, enteramente correspondido, a Andina, de lo insustituible de nuestro diálogo directo, de la compañía que nos significa, al compartir una concepción, intelectual y moral, de la vida, una actitud que nos es consubstancial ante la obra literaria, y que ahora se dificulta y espacia, resulta para mí una ausencia progresivamente más sensible. Un cambio de impresiones en torno a los temas y problemas que nos importan, que me reafirmaba; el consejo lúcido, sensato y noble. Aquí tenemos amigos muy estimados, que pueden satisfacer esa necesidad espiritual y humana sólo en dimensión fragmentaria, condicionada, de manera esporádica. Tú mirabas las montañas de San Gabriel y procurabas imaginar lo que en

ese momento hacíamos. Yo contemplo —o rozo— otro paisaje, el de los rostros que tras el tinte y el gesto son ensimismamiento; oigo los acentos y modismos de elusión que, como excrecencias, recubren y encubren el idioma común, antaño. Sin embargo, estas dificultades constituyen un acicate para ir, a golpes de paciencia y de observación, a la médula de las cosas y de las gentes, para intentar anudar los cabos rotos. Sí, me hace tremenda falta tu opinión, certera y cordial. (...).

M. A.

* * *

[s.l.], marzo 22 de 1969.

(...) Yo he dejado un tanto al paio los dos volúmenes de *Los Episodios Americanos*, que tengo al terminar. Me ha ocurrido algo muy raro. Cuando estuvimos en Claremont, que es un paraíso hecho por el hombre, aprovechando las magníficas condiciones culturales, un buen día sentí la llamada de mi tierra. Pero una llamada ancestral, de voz aborígen. Y los viejos totems, y la brujería, y las formas religiosas primitivas empezaron a hacerme cosquillas en la mente. Y un buen día me encontré escribiendo una novela, que tengo por terminar. Es una especie de saga de la costa ecuatoriana. La llamo, provisionalmente, *Siete lunas y siete serpientes*. Me iba a salir un libro muy gordo, de cerca de 900 páginas. Lo he reducido mucho. Tal vez alcance las 500. Está lleno de innovaciones y de nuevas maneras de ver el mundo cholo. Preñado de sexo, violencia, mitos, leyendas y problemas sociales. ¡Quién sabe qué va a resultar! Cuando tenga una copia disponible —tal vez en abril— te la enviaré. Lo he escrito en fiebre. Casi como si me lo dictaran. ¿O me lo habrán dictado mis antepasados huancavilcas? Valdría la pena averiguarlo. (...).

D. A.-M.

* * *

University of California, Irvine.

Irvine, California. mayo 10 de 1970.

(...) La presente carta va dentro de mi flamante libro *Siete lunas y siete serpientes*. Me tuvo obsedido casi dos años. Llegó a tener casi mil páginas. Le quité unas cuantas. Y ha quedado en la extensión que ustedes ven. El editarlo fue una verdadera peripecia. Lo ofrecí a varios editores, entre otros a nuestro amigo Orfila, que lo tuvo cerca de un mes, para al final enviarme

una nota muy amable rehusando el hacerlo. De tal manera que lo presenté al Fondo, donde lo aceptaron de inmediato y lo han editado en muy poco tiempo. Como verán cuando lo lean hay un cambio total en mi manera de escribir. No sé si para bien o para mal. Lo cierto es que cuanto tenía escrito no me gusta mucho. Y creo que todo tendré que revisarlo. Cada día estoy más descontento con mi trabajo y tengo más dificultades para realizarlo. Este libro me ha tenido en trance. Es un verdadero tormento. (...).

D. A.-M.

* * *

Madrid, 28 de mayo de 1970.

(...) He querido despejar los principales temas de tu estimadísima carta, para pasar, sin más apremios, a tu gran novela *Siete lunas y siete serpientes*, que lamento no haya publicado Siglo XXI. ¡Cómo me plantea, y lo mismo me ha sucedido con algunas cosas breves o comenzadas que he escrito, el placer y la utilidad de nuestros cambios personales de impresiones, tan fecundos, por la fraternal amistad que nos une y nuestra coincidencia humana y de «principios» literarios, «cada quien» con sus legítimos matices! Lo de hoy es un avance. Leo tu obra ávida pero lentamente, estoy en su arranque. Subrayo, hago anotaciones al margen. Comprendo tu estado de ánimo, antes, durante y después del parto, porque yo mismo atravieso parecidas dudas y semejantes insatisfacciones ante mi actual temática, en gestación, y la manera adecuada de expresarme. La constante es nuestra escala de valores. Tu novela, novela mayor, y es lo que ahora puedo decirte, muestra un aliento vigoroso, una respiración épica y hondamente terrenal, «esculpe» (de ahí, la prosa, en su puntuación, por ejemplo) el universo mítico de tu Guayas y la visión caudalosamente erótica. Hay muy felices innovaciones de léxico. Y, como es en ti característico, los personajes son u orgánicamente fantásticos o humanamente articulados y palpitantes. Me late, por el escaso centenar de páginas que llevo, la gozosa certidumbre de que es tu creación máxima. (...).

M. A.

* * *

México D.F., enero 6 de 1971.

(...) *Siete lunas y siete serpientes* continúa abriéndose camino con buena venta y buena crítica. Claro que me parece que todavía se incide poco en

un asunto que me parece fundamental: el que por primera vez, hasta donde yo sé, se hace confluír los mitos y leyendas aborígenes y negroides con los cristianos, aportados por una cultura hispánica nutrida aún de los autos sacramentales y los misterios medievales. (...).

D. A.-M.

* * *

México, febrero 18 de 1971.

(...) pero me da vueltas en la cabeza una novela —también expresionista— sobre un tema que me tocó presenciar muy de cerca: *EL SECUESTRO DEL GENERAL*. Y con ese propósito hacer una caricatura de nuestro desquiciado mundo latinoamericano en algunos niveles. (...).

D. A.-M.

* * *

[s.l.], octubre 24 de 1971.

(...) Yo terminé *El Secuestro del General* y lo estoy revisando. No sé si esto pueda tener un interés fuera de América Latina, donde los secuestros abundan. Es un retrato de una dictadura cualquiera de América Latina, tratado con «expresionismo-caricaturesco». Ya te la haré conocer. (...).

D. A.-M.

* * *

Madrid, 20 septiembre 1972.

(...) Doblemos esas páginas, mi buen Demetrio, para abrir las de tu novela *El secuestro del General*, que yo primero, y Ananda a continuación, hemos leído con la singular y fraternal simpatía —y estima— que todas tus creaciones literarias merecen. Excluyendo el problema de la viabilidad de edición en estas calendas españolas, lo que más importa es lo que tu obra, tremante y restallante, representa, en el conjunto, tan notable, de tu producción, a mi juicio. Lástima, una vez más, que no podamos «platicarnos» motivaciones y resonancias y que deba resumir cómo la veo y siento. De manera rotunda, acredita tu distintiva destreza de concepción y narración, máximo dominio del idioma: haces lo que quieres —y encaja— con descripciones, personajes, trances anímicos y en la exposición de situaciones. No hay un solo escollo críptico, es rico y claro el léxico, con tendencia al tajo significativo en la frase y a la puntuación rítmica del período. El eslabonamiento de la trama

logra la más cabal fluidez. Aunque toda novela auténtica es, por esencia y potencia, histórica —abarca lo temporal y espacial, lo social y humano— ésta se decanta más, a diferencia de la plasticidad y emoción retrospectiva de los *Episodios Americanos*, hacia la línea-trayectoria simbolista y de catártico sarcasmo, donde la levadura mítica se transforma en acusación y esperanza, es decir liga con tus cercanos libros: serpientes y lunas, conflicto racial y clasista, imperialismo y dictadura que proliferan y a los que opones, en el transcurso del argumento y a la postre, actitudes y acciones liberadoras.

La imaginación y la consciente distorsión juegan un papel básico. Parecen, en ocasiones, una riada. Tan palmarias, ambas, que el simbolismo adquiere cualidad de imprecación y rozan, en algún tramo, los límites que la fantasía suscita. Nuestro testimonio literario (permíteme emplear el plural, yo trato, en los últimos meses, de escribir algo en ciertos aspectos de igual signo) se remite, a pesar de que procura trascenderla, a una realidad que nos es compleja y hostil, que nos rodea visceralmente, desalmadamente, y trasunta, creo, por veraz, el propio avatar crítico. La generación a que pertenecemos sustentó un idealismo y gira, en los hondones, alrededor de esos móviles. Si su formulación es hoy, ineludiblemente, desgarrada, aporta, sabedora de los riesgos, una vasta palabra necesaria. Nuestro interés por lo que hacéis y escribís, cada día mayor. Sois parte principal de nuestra «familia electiva». Y lo vuestro como nuestro lo consideramos. La personalidad y el empeño con que vais cumpliendo, sazonzando y veteando las obras respectivas, nos alegran y admiran. Aguardamos siempre, con afectuosa impaciencia, noticia de lo que proyectáis, preparáis. Y nos produce, como ahora, con la novela *El secuestro del general*, singular satisfacción apreciar que continúa estando y siendo en marcha vuestra capacidad creadora, vida y literatura indisolubles. (...).

M. A.

* * *

[s.l.], octubre 10 de 1974.

(...) Por lo demás, todo va en marcha. Acabo de terminar *REQUIEM POR EL MUNTU* (título provisional), mi nueva novela. Estoy corrigiéndola, a ver qué sale. Ya te haré conocer. (...).

D. A.-M.

* * *

San Lorenzo de El Escorial, 22 de agosto de 1976.

(...) Como te decía al principio, Demetrio, atravieso en los demonios del quehacer narrativo, por una etapa de incertidumbre, de graves dudas. Temo que ello nuble ahora un juicio plausible de *Requiem para el diablo* y me intimida pensar que endose mis flaquezas y desánimo a la resonancia que la última novela de un amigo y compañero tan entrañable y admirado como tú merece, siempre. Pero en cada circunstancia uno debe exponer, en honor sobre todo de una relación incomparablemente preciada, su verdadero, aunque quizá en la coyuntura erróneo, sentir. En 1968 ó 1969 —no puedo asegurarlo— empecé a escribir una novela que interrumpí, casi a los 150 folios, por no sé qué compromisos, y en atención también a que no me consideraba suficientemente ambientado. Esta suma de relatos, que forman una sola oración, creo alcanzarían una significación. Hace pocas semanas releí lo entonces pergeñado y he intentado reanudarlo, encaminarme a su conclusión, como quien cumple una obligación, aunque recele que su mentalidad es ya distinta, sospeche que incurrirá en discontinuidad y advierta que el tema, quizá necesario para su «respiración», reincide en la línea de sus obsesiones. En este aspecto, y ante la politización desmesurada que nos condiciona, ¿no será hora de que reivindicemos, sin complejos, los valores y postulados básicamente literarios que a veces «relegamos» para dar una primacía «actual» a los movimientos sociales? Te expongo lo más agudo de mis dilemas e inquietudes, lo que confío no impida que termine, en unos meses más, esa novela. Y ojalá que resulte de alguna validez y se haga perdonar su reiteración de problemas. Y que no incurra ni en abuso de fórmula ni en prurito experimentalista, etcétera, etcétera.

Estoy seguro de que tú me comprenderás como nadie, Demetrio, y captarás asimismo que mi impresión de *Réquiem para el diablo* tiene el carácter de su sinceridad y receptiva acogida y sí adolecerá de mis lastres subjetivos de hoy. Reflexionada su lectura, indignado por la vergonzosa cacería que los regímenes «blancos» de Sudáfrica perpetran contra la mayoría, negra, de su población. ¡Clama al cielo! Sin embargo, cualquier tratamiento de tales ignominias, a lo largo de los siglos, de no ponderarse, ¿no puede generar una reacción racista de signo opuesto, cuando tanto nos interesa, a todos, integrar lo humano, superadas las pigmentaciones, los distingos de clase, los privilegios y sus premisas falsarias? Otra observación personal y preliminar: el juego de las tensiones; se me antoja que la novela entera refleja, expresivamente, con la sapiencia narradora, estilística y rítmica que te dis-

tinguen, un «pathos» constante, desprovisto de pausas o engarces muelles. Tu reacción, tu imprecación, en puridad, responde a un móvil nobilísimo. Se formula con ejemplar destreza literaria —el hábil encaje de las inserciones poéticas; un idioma jugoso, rico y dúctil, patente la maestría al plantear y resolver situaciones. Pero uno siente, yo siento, que hasta un cierto grado, en esa obra, la descarga emocional se sobrepone a la explicación, a la configuración de neta índole artística.

Pudiera ser —culpa individual de que me acuso— que percibo como transitorias las diversas manifestaciones de violencia, que entre todos, barrunto, hemos confundido con lo catártico y que mi particular temperamento, en el ahora, tiende a la objetividad, a conquistar una relativa serenidad. Más que cualidad, sospecho que es efecto de un enorme cansancio, de una bancarrota, en mí, de los «credos», negativos y positivos. Querría situar atinadamente *Réquiem para el diablo* en el conjunto de tu creación, que ya ha aportado obras precursoras del mejor realismo mágico, denuncias sociales indelebles, el magnífico empeño de los *Episodios Americanos*, un teatro repleto de significación y justeza, el más implacable dicitario del dictador latinoamericano, el alto registro que simbiosis de Naturaleza y hombre implica y explica en tus 7 [*Siete lunas y siete serpientes*]. En pieza escénica anterior abordaste esta cuestión, que tan legítimamente me embarga. A mi entender, *Réquiem para el diablo* lleva a un dilema equiparable, hasta un grado, con el que a mí me conturba en *La indagación* [Finalmente, el título de esta novela de Andújar fue *La voz y la sangre*]. Nos corresponde decidir. Fácil es que mi criterio, y la semejanza, representen sendas equivocaciones. Cabe la posibilidad, para ambos, de una holgada pausa, la mía transcurrida, y de una reconsideración temática, de enfoque general, que no afecta en nada, a *Réquiem para el diablo* me refiero, su reafirmada madurez estilística y estructural. Te ruego me perdones, hermano Demetrio, lo directo de estas manifestaciones. Silenciar o tangenciar lo que hoy opino no sería leal y espero de tu grandeza de ánimo que no se produzca ningún malentendido, conceptual y afectivo, lo que me ocasionaría indescriptible pesar. Lástima que de todo ello no nos sea factible hablar «mano a mano». Un motivo más y bien poderoso para anhelar se realice pronto vuestro muy esperado viaje a España (...).

M. A.

[s.l.], 5 de noviembre de 1977.

Queridos y bien recordados hermanos Demetrio y Velia:

Hace pocos días recibimos, con especial alegría, vuestra cariñosa carta del 16 de octubre, dentro del envío aéreo de tu novela *Jaguar*, tan afectuosamente dedicada al día siguiente. Y a esta gran noticia-presencia novelística, personal, se une la buena nueva de que revisas, Demetrio, tus Episodios Americanos, a punto de «aprestar» las figuras monumentales de Morelos y de Pizarro, Almagro y Luque, para el aniversario, en 1978, a celebrar, de tus cincuenta años de narrador. ¡Adelante! Algo nuestro va en ello.

En tal sentido, *Jaguar* (de cuyos éxitos de crítica y público nos informaron, cuando los visitamos en el hotel, los Frank de Andrea, y los cinco coincidimos en evocarlos) se me antoja como la comba del inequívoco arco que arranca de *Don Goyo*. Buena envoltura editorial para el vigoroso contenido: cubierta, tipografía y caja corresponden a la feliz conjunción de argumento y de ambiente. Acabo de leer tu obra, Demetrio, adelantándome a Ananda, y me parece que revives y creces, en expresión y ánimo, cuando vuelves, redescubres e inventas, por ende, tus raíces. Es, la del libro, una condición-cualidad mágica, del auténtico realismo mágico, del que eres pionero, consustancial y no prestado. La fuerza de contar con amenidad y garra y de imbuirnos un clima, un «medio», aquellos ángeles y demonios, se manifiestan aquí con sabio brío. Y uno queda prendido del desarrollo de los acontecimientos, del curso borboteante de las pasiones. Y si en ocasiones priva lo implícito y entrañado, predomina en otras, cabalmente, lo explícito y aclarador. Y hay, para mi entender, una moraleja, se vence cuando dominamos «los miedos». El percibir que nada sobra ni falta, el recapitar, después, que uno quedó sujeto de la expectación —dramática, sexual, sensual—, acredita tus facultades. Lo propio ocurre con la jugosidad del lenguaje, funcionalmente osado y feraz en modismos significantes, que de lo estricto local trascienden. Calurosa felicitación. (...).

M. A.